

De la disensorialidad a la causalidad epigenética de los Trastornos del Espectro Autista^{1 2}



– Bernard Golse –

Psiquiatra infantil y psicoanalista (miembro de la Asociación Psicoanalítica de Francia). Profesor Emérito de Psiquiatría Infantil y del Adolescente de la Universidad Paris Cité. Fundador y director del *Institut Contemporain de l'Enfance*. Presidente de la AEPEA³. Presidente de la AFPPEA⁴. Paris (Francia)

INTRODUCCIÓN

Actualmente, los trastornos del neurodesarrollo encabezan el panorama de la psiquiatría infantil y con frecuencia dan lugar a un pensamiento único que sustenta, desgraciadamente, una especie de ciencia de Estado en la materia.

Por mi parte, considero que siempre es importante rehuir el pensamiento único, por lo que en 2021 fundé el *Institut Contemporain de l'Enfance*, concebido como un espacio para pensar el cuidado mental (en el sentido del verbo inglés *to cure*) de los bebés, niños y adolescentes que tienen sufrimiento psíquico, pero también para pensar la atención (en el sentido del verbo inglés *to care*) de los bebés, niños y adolescentes en general en referencia al psicoanálisis, la psicopatología y también la pedagogía abiertas al mundo del arte y de la cultura, para fomentar la dialéctica entre la creatividad terapéutica y la creatividad artística.

En este artículo, trataré de hablar de la disensorialidad que -como eje de la psicopatología- últimamente parece ser la base de una serie de trastornos llamados del neurodesarrollo (TND), lo que me permitirá abordar la cuestión de una eventual causalidad epigenética de estos trastornos.

DE LA INTERSUBJETIVIDAD A LA SUBJETIVIZACIÓN

La intersubjetividad se desarrolla en el registro interpersonal, mientras que la subjetivación que, por este motivo, interesa más a los psicoanalistas, se desarrolla en el registro intrapsíquico.

Evidentemente, pues, lo que aquí se plantea es toda la cuestión del paso de lo interpersonal a lo intrapsíquico.

Nos hemos habituado a pensar, o a proclamar, que este paso sólo se puede abordar de forma asintótica y que siempre nos resultarán enigmáticos su naturaleza y sus mecanismos íntimos, distancia que sería por definición insuperable y facilitaría en especial todas las polémicas entre los defensores del apego (especialistas de lo interpersonal) y los psicoanalistas (especialistas de lo intrapsíquico).

Personalmente -y siguiendo al propio Freud, a quien le gustaba tanto afirmar que «no sabemos renunciar a nada» (1908)-, no me gusta renunciar y creo que ya disponemos de un buen número de datos clínicos, experimentales y teóricos que nos permiten pensar en el paso de lo interpersonal a lo intrapsíquico, es decir, en lo que aquí nos concierne, en el paso de la intersubjetividad a la subjetivación (Golse, 2006).

El paso de la intersubjetividad a la subjetivación representa, efectivamente, un doble movimiento de interiorización y especularización.

Mediante la interiorización, podemos empezar a pensar las cosas en términos de inscripción intrapsíquica de los «modelos de trabajo internos» (*working internal models*) de la teoría del apego (Bretherton, 1990) o de las «representaciones de interacciones generalizadas» descritas por Stern (1989), teniendo en cuenta los trabajos de Roussillon (1997) sobre el primer otro, que debe ser y sólo puede ser un objeto especular lo suficiente-mente «similar», pero algo «no semejante» (Haag, 1985), para que la alteridad se pueda inscribir sin alienación, pero también sin apego o violencia traumáticos.

La subjetivación aparece por tanto como una interiorización de las representaciones intersubjetivas con una inyección gradual dentro del sistema de la dinámica parental inconsciente, de toda la historia infantil de los progenitores, de su conflictualidad edípica, de su historia psicosexual, de su problemática intergeneracional y transgeneracional y de todos los efectos asociados posteriormente, por supuesto.

Comparada con la intersubjetividad, la subje-

¹ Texto escrito para la revista online *eipea* a petición de Josep Maria Brun Gasca a partir del vídeo elaborado con motivo de las Jornadas sobre Trastornos del Neurodesarrollo organizadas por la *Association lacanienne internationale*, ALI, 23 de septiembre de 2023. Nota del autor.

² Artículo traducido por el Equipo *eipea*.

³ Asociación Europea de Psicopatología Infantil y del Adolescente.

⁴ Asociación para la Formación en Psicoterapia Psicoanalítica Infantil y Adolescente.

tivación implica, además, una dinámica de especularización en el sentido de que el objeto interiorizado también es un «objeto otro-sujeto» según la terminología de Roussillon (Golse y Roussillon, 2010), y a partir de entonces parece que la subjetivación ya no se desarrolla sin duda en un todo o nada, en la medida en que determinados sujetos, como los que presen-

tan síndrome de Asperger, parecen acceder a la subjetivación lingüística (pueden hablar de sí mismos en primera persona, el «yo») sin, no obstante, llegar a una subjetivación más global, en el sentido fenomenológico del término.

Ahora bien, junto con la interiorización y la especularización, es evidente que es necesari-

rio dar cabida también a la cuestión de la anticipación o de la suposición del sujeto por parte del otro.

Ningún niño puede convertirse en un sujeto si los adultos que lo cuidan (progenitores y/o profesionales) no lo anticipan o lo suponen antes como sujeto. Éste es el efecto de la situación antropológica fundamental Laplanche (2002), es decir, de la incompletud fundamental y fundacional del ser humano recién nacido. Es necesario apelar, pues, al concepto de anticipación o de suposición del sujeto por parte del otro.

Estrictamente, no es lo mismo hablar de anticipación del sujeto que de suposición del sujeto. Suponer al sujeto significa hacer la hipótesis de un pre-sujeto ya existente que se trataría de hacer avanzar para convertirlo en realidad. Anticipar al sujeto es apostar por el hecho de que otorgar al bebé una condición de sujeto que todavía no tiene le permitirá convertirse en él, incluso a falta de cualquier esbozo o preforma de sujeto.

En cualquier caso, esta anticipación o esta suposición del sujeto son conflictivas sin duda en el seno de determinadas organizaciones autistas y, a la inversa, quizás podrían prevenirlas en cierta medida.

INTERSUBJETIVIDAD Y SINCRONIZACIÓN POLISENSORIAL

La configuración de la intersubjetividad, pues, se desarrolla principalmente en el registro de la realidad externa o interpersonal, mientras que la subjetivación se instaura en el marco de la realidad interna o intrapsíquica.

Los tres axiomas del programa PILE

El Programa Internacional para el Lenguaje del Niño (*Programme international pour le Langage de l'Enfant*, PILE), iniciado ya hace tiempo en el hospital Necker-Enfants Malades, se basa en los tres axiomas siguientes:

- No se accede a la comunicación general o lingüística si no se accede antes a la intersubjetividad (no se puede hablar del otro o pensarlo hasta que no se ha descubierto al otro como “otro a uno mismo”).
- No se accede a la intersubjetividad si no se reúnen los diferentes flujos sensoriales provenientes del objeto (articulación o comodalización).



Ningún niño puede convertirse en un sujeto si los adultos que lo cuidan (progenitores y/o profesionales) no lo anticipan o lo suponen antes como sujeto.

- No existe recogida de los diferentes flujos sensoriales provenientes del objeto si estos flujos no siguen unos ritmos suficientemente compatibles, sincronización en la que el lóbulo temporal superior desempeña un papel destacado.

La comodalización de los flujos sensoriales desde el punto de vista cognitivo y según el punto de vista afectivo

Actualmente decimos que la condición de la intersubjetividad, es decir, de la posibilidad de vivir el objeto como externo a uno mismo, depende esencialmente de la posibilidad de reunir -ya sea «articular» para los psicoanalistas, según la terminología de Meltzer y col. (1980), ya sea "comodalizar" para los cognitivistas, según la terminología de Strere sobre todo (1991, 2000) -los diferentes flujos sensoriales provenientes del objeto (Golse, 2006, 2010, 2016); lo retomaré más adelante.

La polisensorialidad es lo que permite vivir el objeto como externo y la cuestión de la sincronía polisensorial se encuentra por tanto, actualmente, en el centro de todas las reflexiones sobre las interacciones precoces (Ciccone y Mellier, 2007).

La vivencia de exterioridad del objeto: convergencia entre psicoanálisis y cognición

Algunos trabajos de tipo cognitivo (Streri, 1991 y 2000) nos enseñan actualmente que la articulación de los diferentes flujos sensoriales provenientes del objeto es necesaria para que el sujeto pueda tomar conciencia de que el objeto en cuestión le es externo.

Dicho de otro modo, no se puede percibir ningún objeto como externo a uno mismo si no lo captan de forma simultánea al menos dos modalidades sensoriales, lo que hace hincapié en la importancia de la comodalización como agente central del acceso a la intersubjetividad.

Tengo la impresión de que, a su manera, los cognitivistas coinciden aquí con una postura psicodinámica clásica según la cual el descubrimiento del objeto es básicamente coextensivo con el descubrimiento del sujeto, y viceversa, aunque los trabajos cognitivistas se refieren más a menudo a una intersubjetividad primaria que resulta eficiente enseguida en el bebé.

De hecho, identificar el objeto como externo a uno mismo implica, en el mismo movimiento, reconocerse como agente de las percepciones en juego, y no sólo como agente de las acciones producidas (proceso de agentividad).

Vivir el objeto como externo a uno mismo, es decir, vivirlo en exterioridad, define por tanto, de alguna manera, el acceso a la intersubjetividad y comporta la elaboración del duelo del objeto primario que es la base del proceso de diferenciación extrapsíquica.

Desde el punto de vista psicodinámico, esta posibilidad de vivir el objeto en exterioridad se explica, tal y como he dicho antes, por los conceptos de articulación y de desarticulación (Meltzer y col., 1980), mientras que, desde un punto de vista cognitivista, el proceso de comodalización de los flujos sensoriales provenientes del objeto es el que encabeza las reflexiones.

Así pues, en lo que se refiere a la articulación de los flujos sensoriales, cabe señalar una cierta convergencia entre ambos enfoques, el psicodinámico y el cognitivo.

Esta convergencia entre los dos tipos de enfoque (el psicodinámico y el cognitivo) es lo suficientemente inusual para que valga la pena subrayarla y considerar que, probablemente, atestigua el hecho de que estos conceptos de articulación o de comodalización representan dos enfoques complementarios de un mismo y único fenómeno del desarrollo, entendido desde diferentes vertientes (afectivo y cognitivo).

Dicho esto, se puede plantear la hipótesis de un equilibrio necesario entre, por un lado, la pareja dialéctica articulación-desarticulación (mecanismo intersensorial) y el fenómeno de segmentación de las sensaciones (mecanismo intrasensorial), una segmentación de los flujos sensoriales necesaria para a su sincronización.

Esta sincronización puede producirse en el nivel central (especialmente el de la sustancia reticular del tronco cerebral), en el nivel periférico (por la intervención de lo designado con el término «esfínteres sensoriales» como el parpadeo en el caso del flujo visual) o, por último, en el nivel interactivo (Friemel y Tranh-Huong, 2004).

Esta tarea de comodalización perceptiva sólo puede tener lugar, efectivamente, si se

confirma que los distintos flujos sensoriales se presentan en ritmos compatibles. Y si esta tarea de comodalización se produce, tal y como se piensa hoy, en el nivel del surco temporal superior (Boddaert y col., 2004; Saitovitch y col., 2019), entonces se abre una vía de trabajo apasionante, en la medida en que esta zona cerebral también está implicada en el reconocimiento facial del otro (y de las emociones que expresa), el análisis de los movimientos del otro y la percepción de la calidad humana de la voz.

La voz de la madre, la cara de la madre, el *holding* de la madre aparecen inmediatamente como factores fundamentales de facilitación o, por el contrario, de obstáculo para la comodalidad perceptiva del bebé y, por tanto, para su acceso a la intersubjetividad.

Esto nos muestra que los procesos de subjetivación se desarrollan sobre todo en el nivel de las interacciones precoces, como una coproducción de la madre y del bebé, coproducción que debe tener en cuenta al mismo tiempo el equipo cerebral del niño, sus capacidades sensoriales y la vida fantasmática inconsciente del adulto que hace competentes, o no, a estos diversos facilitadores de la comodalidad perceptiva (Golse y Robel, 2009).

ALGUNAS CUESTIONES DE CARA AL FUTURO

I) Sincronización polisensorial, construcción y deconstrucción del objeto

Una vez descubierto el objeto en la realidad externa e instaurado dentro de la realidad interna (es decir, representado mentalmente), esta adquisición evolutiva no tiene sin duda el valor de una conquista estable e irreversible.

Hay entonces espacio para un proceso permanente de construcción y deconstrucción del objeto.

De hecho, el ser vivo (psíquico) oscilará constantemente entre, por un lado, la tendencia al descubrimiento y la inversión desde el exterior y, por el otro, a un retraimiento autista, es decir, una dialéctica entre el registro del ser (sin objeto o previo al objeto) y el de la existencia que pasa fundamentalmente por el encuentro interac-

tivo del sujeto futuro con la mirada y el pensamiento del otro (Golse, 2020).

De ahí la hipótesis plausible de un potencial autista del 100%, mientras que la frecuencia de 1/50 que se suele atribuir actualmente a los trastornos del espectro autista parece ¡un chiste trágico!

La única ventaja de la perspectiva dimensional del DSM-5 sería entonces la de plantear la cuestión del continuum entre lo normal y lo patológico y, en el caso presente, del umbral (o *cut-off*) entre la desincronización (rápida y transitoria) de los flujos sensoriales que no impide el crecimiento y la maduración psíquicos y la que, por el contrario, les obstaculiza al ser demasiado frecuente y demasiado duradera.

II) La disensorialidad como eje de la psicopatología

Al hablar de disensorialidad no hablamos automáticamente de trastornos autistas.

1. Es cierto que, actualmente, la disensorialidad se considera cada vez más uno de los mecanismos centrales de la organización de los funcionamientos autistas.

Entre las diferentes sensorialidades se distinguen la sensorialidad proximal, que sólo puede desarrollarse cuando hay contacto con el objeto (tacto, olfato y gusto) y la sensorialidad distal, que tiene la función de cubrir la distancia con el objeto (vista y oído).

Los niños autistas que tienen precisamente dificultades para integrar la diferenciación y la separación con el objeto muestran sobre todo trastornos de la sensorialidad distal (Motttron, 2004) y táctil.

Esta disensorialidad, tal y como hemos visto, otorga al lóbulo temporal superior un papel probablemente importante en la psicopatogénesis autista, entendiendo que es más probable que esta disfunción cerebral sea una consecuencia del funcionamiento autista que su causa, en el sentido médico del término.

2. Dicho esto, existen variaciones de la normalidad susceptibles de desarrollarse por una sincronización insuficiente de los flujos sensoriales o bien por una hipersincronización eventualmente dolorosa y que podría estar implicada en lo que se ha convenido en designar en general como funcionamiento del tipo "potencial de alta sensibilidad" (HPS).

3. También existe el caso de los niños llamados «singulares».

Algunos niños a los que con Guinot llamamos «niños singulares» (Guinot y Golse, 2018) presentan una disensorialidad que les dificulta las relaciones con los demás sin que por eso se les pueda considerar niños autistas.

Si la disensorialidad se entiende como un eslabón central de la fisiopatología autista, entonces, ¿qué hipótesis se pueden hacer para explicar qué ha podido proteger a estos niños de un futuro autista?

Estos niños singulares pueden haber tenido



La epigénesis podría no corresponder sólo al impacto del entorno exterior en la expresión del genoma, sino también quizás al impacto de la vivencia sensorial en esta expresión, lo que abriría la puerta a la hipótesis de una causalidad epigenética interna.

trastornos que hayan afectado sobre todo a su sensorialidad proximal (especialmente el tacto), de ahí un efecto menos autiztante.

Algunas disensorialidades, efectivamente, quizás dificultan menos que otras la sincronización polisensorial y, por tanto, el acceso a la intersubjetividad y la subjetivación, lo que nos permite vislumbrar que todavía queda mucho trabajo por hacer si queremos establecer algún tipo de tipología de las distintas disensorialidades posibles.

A todo esto, lo retomaremos más adelante, hay que añadir que la epigénesis podría no corresponder sólo al impacto del entorno exterior en la expresión del genoma, sino también quizás al impacto de la vivencia sensorial en esta expresión, lo que abriría la puerta a la hipótesis de una causalidad epigenética interna.

Finalmente, también puede intervenir una mayor o menor capacidad parental de anticipar o suponer al niño como sujeto y ésta pasa, sin duda, en parte, por la capacidad parental preservada de erotizar la autosensorialidad del niño transformándola en autoerotismo, un autoerotismo que se sitúa en el registro del Tener e incluye siempre una representación del objeto (a través de la alucinación primitiva) mientras que la autosensorialidad se sitúa en el registro del Ser y funciona sin objeto, con el único objetivo de asegurar el sentimiento de existir (Tustin, 1977, 1982, 1986 y 1992). Así pues, es la sexualización de las corrientes autosensoriales y autoeróticas del niño por parte de los adultos lo que puede estar implicado en el futuro de este niño.

4. Finalmente está la cuestión de la creatividad artística como destino posible de la disensorialidad.

Parece que determinadas aptitudes artísticas arraigan en un vínculo particular del creador con sus áreas psíquicas más arcaicas, tal y como mostró Anzieu en su libro magistral *Le corps de l'œuvre* (Anzieu, 1981).

El funcionamiento de estas áreas arcaicas de la psique remite más o menos a la cuestión de la sincronización polisensorial y, por mi parte (Golse, 2017), traté de mostrar que el genio musical de Glenn Gould podría tener su origen en una particular disensorialidad, fuente de las particularidades sensoriales que

a menudo se le han atribuido (hipersensibilidad táctil y musical, hiposensibilidad gustativa...).

Tanto si se puede hablar de islotes autistas en el caso de Glenn Gould como si no, en todo caso podemos pensar que su disensorialidad no era ajena a su creatividad tan impresionante y en este sentido existe, en mi opinión, una potencialidad interesante en cuanto a la evolución de las disensorialidades.

III) La causalidad epigenética

La dinámica del acceso a la intersubjetividad no remite ni a una causalidad estrictamente endógena (genética, en particular) ni a una causalidad estrictamente exógena (psicógena, especialmente), sino que creo que se puede conceptualizar como el resultado de una causalidad epigenética mixta.

¿Qué entendemos por el término de causalidad epigenética mixta?

Habitualmente, cuando hablamos de causalidad epigenética suele pensarse en la influencia del entorno exterior en la expresión del genoma.

Pero quizás sería importante tener en cuenta también la influencia de las vivencias, de las percepciones y de las propias experiencias corporales en la expresión de los determinantes genéticos de esta ontogénesis (tal y como parece ser el caso, por ejemplo, en el marco de la ontogénesis de la identidad sexualizada).

De todas formas, en el terreno que nos interesa aquí, a saber, el del acceso a la intersubjetividad y la subjetivación, si es plausible imaginar que la naturaleza de las interacciones precoces del niño con los adultos que lo cuidan (progenitores y/o profesionales) puede tener un impacto en la expresión de la parte genética que sostiene la configuración de la intersubjetividad (podría hablarse en este caso de epigenética externa), tampoco puede descartarse la idea de que las vivencias corporales y sensoriales vinculadas con el proceso de acceso a la intersubjetividad puedan tener igualmente por sí mismas un impacto en la expresión de las áreas del genoma que rigen este proceso (podría hablarse en este caso de epigenética interna).

Este vínculo entre las dos facetas de la epige-

nética es el que me lleva a proponer el término de causalidad epigenética mixta.

Sea cual sea el futuro de esta hipótesis de una causalidad epigenética mixta, que ahora mismo no tiene más valor que el de una proposición conceptual, lo que quería expresar es que la psicopatología, actualmente, no puede seguir ignorando el cuerpo, este cuerpo que forma parte intrínseca de la interfaz de relación con el entorno exterior y con nuestras percepciones internas que son la base de nuestra sensorialidad, nuestra sensualidad y, en consecuencia, nuestra sexualidad.

CONCLUSIONES

Merleau-Ponty (1966) ya dijo, en su época, que si el psicoanálisis dejaba demasiado a un lado el cuerpo acabaría pagándolo caro...

Es evidente que la cuestión de la disensorialidad y de sus vínculos con la intersubjetividad y la subjetivación nos obliga a situar el cuerpo al frente de nuestras reflexiones psicopatológicas y de nuestros modelos teórico-clínicos.

Debemos alegrarnos, sobre todo porque los diversos destinos de la disensorialidad abren un abanico de posibilidades y un cierto grado de libertad de desarrollo que contradicen básicamente la dimensión casi endógena y lineal que caracteriza actualmente el concepto de trastorno del neurodesarrollo.

BIBLIOGRAFÍA

Anzieu, D. (1981). *Le corps de l'œuvre*. Paris: Gallimard, Collection «Connaissance de l'Inconscient».

Boddaert, N., Chabane, N., Gervais, H., Good, C. D., Bourgeois, M., Plumet, M.-H., Barthelemy, C., Mouren, M.-C., Artiges, E., Samson, Y., Brunelle, F., Frackowiak, R. S. J. y Zilbovicius, M. (2004). Superior temporal sulcus anatomical abnormalities in childhood autism: A voxel-based morphometry MRI study. *NeuroImage*, 23(1), pp. 364–369. <https://doi.org/10.1016/j.neuroimage.2004.06.016>

Bretherton, I. (1990). Communication patterns, internal working models, and the intergenerational transmission of attachment relationships. *Infant Mental Health Journal*, 11(3), pp. 237–252.

Ciccone, A. y Mellier, D. (Eds.). (2007). *Le bébé et le temps*. Paris: Dunod, Collection «Inconscient et Culture».

Freud, S. (1976). La création littéraire et le rêve éveillé (1908), pp. 69–81. En S. Freud, *Essais de psychanalyse appliquée*. Paris: Gallimard, Collection «Idées».

Friemel, E. y Trinh-Huong, N. (2004). Exploration et interaction mère/bébé: du visage à l'objet. *La Psychiatrie de l'enfant*, 47(2), pp. 589–609.

Golse, B. (2006). *L'Être-bébé (Les questions du bébé à la théorie de l'attachement, à la psychanalyse et à la phénoménologie)*. Paris: P.U.F., Collection «Le fil rouge».

Golse, B. (2010). L'autisme infantile entre neurosciences et psychanalyse – Convergences ou controverses? *Enfances & Psy*, 46, pp. 30–41.

Golse, B. (2016). L'autisme infantile entre neurosciences et psychanalyse. En *Figures de la psychanalyse (Logos – Anankè)*, 31 («La psychanalyse et les nouvelles directions de la psychiatrie»), pp. 121–134.

Golse, B. (2017). Quant à Glenn Gould... l'affect comme défense contre l'émotion? *Corps et Psychisme*, 1(3), pp. 153–166.

Golse, B. (2020). *Le bébé, du sentiment d'être au sentiment d'exister*. Toulouse: Érès, Collection «1001 BB».

Golse, B. y Robel, L. (2009). Pour une approche intégrative de l'autisme : le lobe temporal supérieur entre neurosciences et psychanalyse. *Bulletin de l'Académie Nationale de Médecine*, 2, pp. 307–313.

Golse, B. y Roussillon, R. (2010). *La naissance de l'objet (une co-construction entre le futur sujet et ses objets à venir)*. Paris: P.U.F., Collection «Le fil rouge».

Guinot, M. y Golse, B. (2018). Les destins de la dyssensorialité. Enfant singulier, particularités plurielles. *Journal de la psychanalyse de l'enfant*, 8(1), pp. 167–184.

Haag, G. (1985). La mère et le bébé dans les deux moitiés du corps. *Neuropsychiatrie de l'enfance et de l'adolescence*, 33(2-3), pp. 107–114.

Laplanche, J. (2002). A partir de la situation anthropologique fondamentale. En C. Botella (Ed.), *Penser les limites. Écrits en l'honneur d'André Green*, pp. 280–287. Neuchâtel: Delachaux et Niestlé, Collection «Champs psychanalytiques».

Meltzer, D., et coll. (1980). *Explorations dans le monde de l'autisme*. Paris: Payot.

Merleau-Ponty, M. (1966). *Sens et non-sens*. Paris: Éditions Nagel.

Mottron, L. (2004). *L'autisme : une autre intelligence (Diagnostic, cognition et support des personnes autistes sans déficience intellectuelle)*. Bruxelles: Mardaga, Collection «Pratiques Psychologiques».

Roussillon, R. (1997). La fonction symbolisante de l'objet. *Revue Française de Psychanalyse*, 61(2), pp. 399–415.

Saitovitch, A., Rechtman, E., Vinçon-Leite, A., Brunelle, F., Zilbovicius, M. y Boddaert, N. (2019). Cerveau social et trouble du spectre de l'autisme : apports de l'imagerie cérébrale. *Encyclopédie Médico-Chirurgicale (EMC) – Psychiatrie*, 16(4), pp. 37-200-D-40.

Stern, D. N. (1989). *Le monde interpersonnel du nourrisson – Une perspective psychanalytique et développementale*. Paris: P.U.F., Collection «Le fil rouge».

Streri, A. (1991). *Voir, atteindre, toucher*. Paris: P.U.F., Collection «Le psychologue».

Streri, A. (2000). *Toucher pour connaître*. Paris: P.U.F., Collection «Psychologie et sciences de la pensée».

Tustin, F. (1977/1982). *Autisme et psychose de l'enfant*. Paris: Le Seuil, Collection «Points».

Tustin, F. (1986). *Les états autistiques chez l'enfant*. Paris: Le Seuil.

Tustin, F. (1992). *Autisme et protection*. Paris: Le Seuil, Collection «La couleur des idées».